



PROVERBIOS MORALES

JON
JUARISTI

ESTUDIANTES

El halago sistemático a los estudiantes puede producir una generación estúpida, incapaz de remontar la crisis

FUE el pasado miércoles, en el Aula Magna de una universidad de Madrid. Se me había convocado a un debate con profesores y estudiantes sobre el futuro de las universidades públicas. Iba resignado a pasar un mal rato. Teniendo en cuenta la semana que llevábamos, pensaba, lo esperable sería que la emprendieran todos contra el representante de la Administración. No sucedió así para mi sorpresa, que no para mi alivio.

Habría, redondeando al alza, medio centenar de estudiantes. En el estrado, nos sentábamos los seis invitados: cuatro profesores, una chica que se presentó como miembro de la Asociación de Estudiantes «Carlos Marx», y yo mismo. Excuso decir que la más vehemente de las intervenciones corrió a cargo de la estudiante. Comenzó solidarizándose con los «compañeros detenidos en Valencia», los cuales —fueron sus palabras— «llenen hoy las cárceles», y terminó afirmando que la política universitaria española la dirige don Emilio Botín, que decide las titulaciones que se deben ofrecer y los contenidos que hay que impartir. Cosechó aplausos calurosos del auditorio y cortesías de la mesa (me abstuve, y debo admitir que nadie me lo reprochó). El debate pro-

metido tardaba en llegar. De hecho, durante las dos horas siguientes se desgranó solamente una letanía de agravios contra los planes de estudio por parte de los estudiantes (de Humanidades, Sociología y Periodismo, según inferí). Para mi sorpresa, rehusaron abordar la cuestión —que les propuse— de las relaciones entre la universidad y el mundo exterior. Los problemas candentes parecían ser que se les obligaba a estudiar Historia, materia que ya habían cursado en la ESO, y que se les hablaba en clase de la Generación del 27 y no de Fernando Pessoa (un señor muy de derechas, por cierto), de lo que se dolía en particular la chica de la Asociación «Carlos Marx». Deduje que ni el paro, ni la crisis del euro ni el cambio climático formaban parte de sus preocupaciones, y menos aún la reforma laboral o los ajustes económicos. Ni siquiera la calefacción, aunque una estudiante de Periodismo, que transmitía el supuesto debate por Internet, se quejó de tener que utilizar una cámara de cerca de diez años (dos menos que mi coche familiar).

No exagero. Creo que a los profesores allí presentes los embargaba una mezcla de estupor y amargura. Uno de ellos se atrevió a insinuar que quizá los estudiantes deberían participar más en los organismos democráticos de la universidad, a los que sus representantes electos no suelen concurrir. Recibió una respuesta tajante: «No creemos en esta democracia». Confieso que me iba irritando tanto señoritismo insolente. Estábamos en una universidad pública, cuyo primer rector —histórico militante del PSOE— acababa de recordar en «El País» que la fundación de la misma fue iniciativa de un gobierno de su partido. No es, en absoluto, una mala universidad. Al contrario: obtiene resultados brillantes y figura en los rankings internacionales en un puesto destacado. Lo que me indignaba era el desdén que hacia ella mostraban sus propios estudiantes. La chica «Carlos Marx» afirmó que los cuatro años pasados en sus aulas habían sido una horrorosa pérdida de tiempo. No me quedé al vino de confraternización. Que les divirtiera su abuela.